

## HOMILÍA DEL P. GENERAL EN BUENOS AIRES

Al principio de esta Misa el P. Provincial ha dicho que aquí me sentiría entre amigos, en casa, realmente teniendo a todos los jóvenes sentados en el suelo mucho más. Las Lecturas de hoy son lecturas para celebrar la conmemoración de la Dedicación de la Basílica en Roma, que es la Basílica del Santo Padre, Basílica de Letrán. Son Lecturas muy apropiadas para los temas que hemos estado estudiando, charlando antes en la reunión de los jóvenes. Ezequiel nos habla de agua.



Ezequiel es el profeta de la Esperanza. Israel está en exilio. Prácticamente todo el pueblo pensante, todo el pueblo que significaba algo está exiliado en Babilonia. Solamente un pequeño grupo se ha quedado en Israel y están desesperados, cantando: ¿cómo puedo yo cantar lejos de mi pueblo? etc., etc., todas estas cosas que sabemos de aquel tiempo; y Ezequiel aparece como el profeta, uno de los profetas de la esperanza; pero es una esperanza a pesar de todo, y este a pesar de todo es muy importante. Alguien ha dicho que es una de las dos palabras claves para entender a San Pablo: a pesar todo hay esperanza, a pesar de todo hay perdón, a pesar de todo hay futuro, a pesar de todo, las cosas pueden ser mejor porque Dios está con nosotros. Ezequiel está en esta línea y en esta tradición de esperanza, a pesar de todo. Él nos habla con el simbolismo del agua.

El agua es símbolo de la vida, de la frescura, de lo nuevo que renace y que se comunique. El profeta habla que el agua entra en la Iglesia y lo llena todo, llega hasta el último rincón, como todas las inundaciones hacen, sobre todo donde no queremos que entre. Por eso el Bautismo tiene tanto sentido celebrarlo con agua porque es vida, limpia, da vida, regenera, comienza una vida nueva, de la cual el Bautismo es solamente el principio, el principio pero continua con nosotros hasta el final.

El exilio para Israel es la crisis más grande que jamás tuvieron. Hasta entonces creían, como muchos cristianos creen hoy, que la prosperidad es señal de que Dios nos protege, eso lo creían como sentido común de la Fe de Israel, y por lo tanto el exilio es una crisis: ¿cómo es posible que Dios nos haya abandonado? Esta es la experiencia de Israel y estoy seguro que os recordáis quien más dijo que Dios lo había abandonado, Jesús en la Cruz: *Dios mío ¿porqué me has abandonado?* Son malos tiempos. Son tiempos en que la esperanza se tambalea, entra en crisis y el profeta viene... atención: no perdáis la esperanza. Dios está con nosotros, a pesar de todo, a pesar de todo; y el Salmo que empieza con estas palabras que dice Jesús en la Cruz termina con una palabra de esperanza, es la misma estructura.

La función del profeta es ver más, que lo que vemos los demás, y el profeta ve el sufrimiento del pueblo pero ve también la presencia de Dios en el corazón del pueblo y ahí está la esperanza. Al ver a Dios, ve la esperanza. El profeta revela lo que está oculto y ofrece una alternativa; pero entre lo que se revela y la alternativa pasa mucho tiempo y el pueblo necesita energía y el profeta da energía: energía en la fiesta, energía en la predicación, en la anticipación de que las cosas van a cambiar. Por lo tanto, no os dejéis deprimir porque a pesar de todo Dios continúa con nosotros: véis la fuerza de este “a pesar de todo”; y San Pablo lo usa para nuestros pecados, para nuestra debilidad, para nuestra impotencia. Dice: a pesar de todo la Gracia de Dios está siempre con nosotros. Sí, pero... ¿y si el pecado abunda? entonces viene la segunda palabra de San Pablo: entonces la Gracia, todavía mucho más. O sea, las dos palabras de San Pablo son “a pesar de todo” y “todavía mucho más”. Estas son palabras de esperanza, son palabras que nos pueden ayudar a todos nosotros siempre que nos encontremos en dificultad, y el profeta revela lo que está oculto.

¿Qué ve el profeta? Ve que los problemas que tenemos no vienen de Dios, los problemas que tenemos los hemos causado nosotros; y Ezequiel acusa al pueblo de Israel, de sus pecados, no pecados separados, abstractos, de un Dios que pide cosas extrañas. Es el pecado del egoísmo de un pueblo, su corrupción, su cerrazón, lo que está a la raíz del sufrimiento que tiene el pueblo. El profeta revela esto y levanta ésto y la profecía de Ezequiel es una acusación del pueblo, pero una acusación para decir, a pesar de todo se nos está abriendo el futuro; y el futuro viene como agua que entra en todo, refresca todo, llena todo de vida y nos da esperanza. Entonces ofrece una alternativa es la segunda función del profeta: Dios nos va a llevar a este pueblo. El pueblo se va a rehacer. Tenemos el profeta Ezequiel, las parábolas del cementerio de huesos, ese que empieza a levantarse, se llenan de carne, etc. Ofrece una alternativa, pero es una alternativa distinta de la que teníamos antes: no es volver a Israel a ser egoístas y corruptos, etc., etc., como antes. Es un pueblo nuevo, donde los pobres van a recibir la compasión de sus conciudadanos, donde va a haber esperanza para todos, donde los inmigrantes no van a ser un grupo al que todos tratan de excluir, de echar fuera, sino que van a ser hermanas y hermanos que son aceptados.



Hay una pequeña historia de uno de estos gurúes asiáticos, no sé si era chino o indio que pregunta a sus discípulos, y ahora os lo pregunto a vosotros, pensad: ¿Cuándo termina la noche y comienza el día, en qué momento, como sabéis que ya la noche ha terminado, podéis decir, el día comenzó? Un discípulo levanta la mano y le dice muy satisfecho: cuando empiezo a ver las siluetas de los edificios; y el maestro dice no. Otro levanta la mano: cuando empiezo a distinguir los hombres de los árboles y el maestro dice no, y empiezan a salir así distintas ideas y ninguna le satisface. Finalmente, el maestro dice: cuando veas la cara de una persona y veas un hermano o una hermana, entonces el día ha amanecido. Esto es lo que Ezequiel está

diciendo a Israel. Vamos a volver a Israel, Dios está con nosotros, pero vamos a volver distintos, vamos a volver como hermanos. Vamos a volver a un país donde va a ver respeto, va a ver justicia, donde va a ver limpieza, digamos contra corrupción, donde va a ver una vida donde podamos participar unos con otros, y el extranjero será tan hermano nuestro como el nativo. Y por último, como va a pasar mucho tiempo el profeta dice: vamos a vivir en la esperanza y el pueblo comienza a celebrar; y Jeremías, otro profeta del mismo tiempo, que anima al pueblo a celebrar, a cultivar, a vivir porque vamos a necesitar toda esta energía para crear este futuro nuevo que llega. Sin energía no llega. Necesitamos esta energía espiritual que viene de la Fe que todos compartimos, que viene de Dios que está entre nosotros.



El agua todo lo refresca, incluso el mar que parece muerto recobra vida cuando entran las aguas nuevas del río de Dios, podríamos decir en el caso del profeta. Por eso, el agua es nuestro símbolo, y el símbolo de los jóvenes. Yo creo que la misión de los jóvenes en la iglesia es refrescar la iglesia, es traer nueva vida, nuevas preguntas, una nueva visión, la consistencia que vosotros creéis en la vida de la iglesia y en la sociedad.

Eso es como agua fresca que entra y nos cambia las preguntas que tenemos los viejos, que ya no sirven, son preguntas ya contestadas mil veces.

La visión del profeta creo yo que se repite hoy. Por mucho que el mundo parezca perdido sigue habiendo jóvenes que cuestionan, que buscan, que preguntan, que leen la Palabra de Dios. Bajo esa Palabra crean y recrean el mundo.

Hay también en un texto, creo que este es indio en que un discípulo va al maestro y le dice: -Quiero yo aprender a orar, a rezar. Y el maestro le da las instrucciones y lo manda. Al cabo de un año le dice: -Bueno ¿qué has estado haciendo? -He estado pensando y rezando por la conversión del mundo. Dice: -No, todavía no has aprendido lo suficiente, continua rezando.

Pasa un año, otro año, y el maestro le pregunta: -¿Qué has estado rezando? -He estado rezando por la conversión de mis amigos, un grupo más pequeño. -No, todavía no, continúa rezando. Y al final del tercer año -¿Qué has estado rezando?-He estado rezando por mi conversión. -Ok, ahora sí aprendiste. Y yo creo que es un reto para todos nosotros que queremos cambiar el mundo pero tenemos que empezar cambiando nosotros y a nuestro entorno. Entonces hay esperanza en que las cosas alrededor nuestro cambien.

La segunda y la tercera Lectura nos cambian totalmente el simbolismo. Estábamos con el agua y ahora de repente viene otro simbolismo, un simbolismo arquitectónico. No sé si alguno de vosotros, sois estudiantes de arquitectura: el Templo.

Hoy celebramos la Dedicación de un Templo: la Basílica de Letrán. El templo que ya no es el de piedra, en Jerusalén o en Buenos Aires, sino el templo vivo: las personas, los creyentes. Este es el segundo punto de las Lecturas. Hoy celebramos un templo de piedra,

como es el de Letrán, la Basílica; pero todas las Lecturas nos dicen, eso no es lo más importante, lo más importante es el templo que sois todos vosotros, todos, y el templo es el templo vivo. Lo dice la carta de San Pedro, lo dice el Evangelio de San Juan, lo dice la carta de San Pablo a los Corintios: piedras vivas, templos vivos, porque esos son los que llevan el espíritu del Señor.

Los templos de piedra ayudan, por eso estamos aquí reunidos como una ayuda, pero el templo principal sois cada uno de vosotros, que lleváis el espíritu dentro y un espíritu que irradia luz, que comunica la Vida de Dios. En Tokio, cuando yo estaba en Tokio, tuvimos que reconstruir la iglesia. Tenemos una iglesia en el centro de Tokio que se había quedado pequeña y antigua y en peligro, porque era toda de madera y ya la policía dijo que había que reconstruir. Fue una operación de 6 años, y al principio costó mucho porque el arquitecto y los encargados de la reedificación querían un templo un poco más moderno, de tipo oval para expresar la Comunidad en la línea del Vaticano II; pero muchos fieles querían un templo como este, así todo seguido, sentados en bancos, y que los curas estuvieran en el altar. Claro y ahí había una gran discusión. ¿Qué es lo que cambió? cambió el aire, precisamente esta consideración cuando los fieles de Tokio de esta iglesia se dieron cuenta que el verdadero templo no son las piedras, sino las personas. Entonces cambió la conversación completamente. Entonces empezaron ya a discutir un templo que aunque sea distinto, lo importante es nuestra participación, es la comunión que existe entre todos, es la compasión, es el amor mutuo la ayuda mutua y cambió todo el proceso y ya fue todo con mucha paz y todos contentos de la nueva iglesia que se logró, ¿Por qué?, porque el verdadero templo está adentro, la luz está adentro, es un templo con corazón, es un templo con alta mirada para ver el mundo. Es un templo con mutua ayuda, compasión, con energía, con fuerza.

De manera que hoy vamos a pedir que en esta celebración de una iglesia de Roma, sea también la celebración de nuestra iglesia, la iglesia que cada uno de nosotros es llamado a hacer. Yo creo que aquí hay una llamada muy profunda a una renovación interior. Es una iglesia de mucho corazón, es una iglesia con visión para ver el mundo con profundidad, altura, amplitud.

Al final, ya que hemos hablado de dos símbolos, os voy a dejar otro. Esto me lo dio un obispo de Camboya, un país paupérrimo que acaba de salir de unas crisis enormes, que dejó muchos muertos y crímenes de entonces. Y este es un obispo joven que está empezando su ministerio, y pasó por Roma y tuvimos ocasión de hablar y me dejó unos símbolos que él ha escogido como símbolos de la diócesis, y sería un buen símbolo para la iglesia también. Es un símbolo que han escogido grupos de voluntarios que quieren servir, y es nada menos que la jirafa, este animal tan extraño, largo. ¿Y por qué han escogido la jirafa? Porque la jirafa es el animal que tiene el corazón más grande de todos, porque tiene que enviar sangre hasta la cabeza, entonces tiene el corazón que pesa de 4 a 5 kgs. La jirafa es un buen símbolo para la iglesia, tiene mucho corazón y una visión muy alta. O sea que hoy quisiera pedir con todos ustedes que en la iglesia tengamos mucho corazón, porque la iglesia somos nosotros y que tengamos también esta misión alta para ver el mundo como lo ve Dios, para que podamos contribuir en nuestra pequeña medida a cambiar el mundo según el corazón y la voluntad de Dios. Por eso rezamos hoy.



## CONFERENCIA A LOS LAICOS EN BUENOS AIRES

Presentación de Alfonso:

Es un gusto darle la bienvenida P. Nicolás. Aquí están presentes grupos muy variados. Nos une el compromiso por la Compañía de Jesús, desde la educación, la reflexión, los más necesitados, en lugares variados. Nos une historia compartida con jesuitas y responsabilidades; y mucho tiempo de gastar la vida por el Reino.

Padre Nicolás:

Muchas gracias P. Provincial. Sobre todo, muchas gracias a todos ustedes que en una mañana de trabajo seguro tienen otras mil cosas que hacer que venir aquí. Les agradezco su presencia. Cuando me enviaron el programa para estos días, esta sesión era un encuentro con directivos, laicos cercanos, amigos y colaboradores con una visión Ignaciana y con interés en vida interior, una espiritualidad para nuestro tiempo y con un compromiso por el mundo y por la Iglesia hoy. Por lo tanto, una invitación a la reflexión sobre estos temas.



Voy a empezar con unas reflexiones y luego espero dejar espacio para preguntas, si quieren ustedes continuar la conversación.

Los tiempos que corren alrededor nuestro, creo que como siempre en el pasado, cambian. Estamos -están ustedes los laicos- en una situación continua de elección. Una de las predicciones de san Ignacio fue que no hay vida estática. Si nos paramos, nos detenemos; el dinamismo se detiene, es nuestra vida la que cae en perjuicio, la que se detiene. Estamos siempre eligiendo, y no elegir es dejarse llevar por los otros. Si no elegimos, son los periódicos los que eligen por nosotros, las casas de moda, las empresas que nos dicen qué tenemos que comprar, cómo tenemos que vivir, qué tenemos que vestir. Eso lo vemos en los jóvenes que tienen una cierta fragilidad para ser manipulados por la moda y todo lo que se dice en nombre de la libertad. Todos visten igual; en nombre de la libertad todos hacen lo mismo, porque el grupo lo pide; es una necesidad de caminar siempre en armonía con el grupo. Es parte del crecimiento y la madurez espiritual ser capaces de elegir realmente desde dentro. Una elección que tomo yo, no que toma alguien desde fuera (sea sacerdote u obispo) sino que es una elección que tomo yo con discernimiento y estudio de la situación. Para esto -algo en que ustedes son fuertes que nosotros- es el encuentro con la realidad donde siempre nos encontramos el primer desafío. Dios nos habla a través de la realidad. San Ignacio estaba convencido y yo estoy convencido de esto. Por eso hay tanta variedad aquí: algunos se han encontrado con una realidad de sufrimiento, de no tener casa, de no tener refugio y han



respondido y encontrado allí la llamada de Dios. Otros lo han visto en la educación y han respondido a la educación. Otros lo han visto en la familia, otros en la necesidad de reposo, de profundidad, de oración, y han respondido a esta llamada. Son distintas respuestas pero siempre bajo una elección que parte del encuentro con la realidad. Aquí estamos en pura espiritualidad ignaciana.

Hace unos años, el P. Gustavo Gutiérrez, al que consideran padre de la teología de la liberación, que entró Dominico (dominicos y jesuitas tenemos una pelea histórica, larga), le preguntaron en una entrevista por dónde andaba la teología de la liberación ahora y él dijo que por la espiritualidad. Nos hemos dado cuenta que lo que hace más falta hoy en la Iglesia y en el mundo, es una espiritualidad para el laico, una espiritualidad laical, porque son los laicos los que llevan la sociedad adelante y los que se comprometen, los que cambian, los que deciden muchas cosas. Entonces le preguntaron qué espiritualidad le daría al laico y -sin pestañar- dijo inmediatamente: la espiritualidad Ignaciana.

Creo que la espiritualidad Ignaciana está siempre en contacto con la realidad; es realista, siempre en tensión entre la realidad que nos encontramos, el Dios que nos guía y un corazón en medio que siente y se deja mover. Es en esta tensión entre Dios y la realidad donde está la capacidad de sentir el espíritu; o sea, es una vibración de otro tipo, más parecida a la música que lo racional. Es vibrar con el sufrimiento y con la voluntad de Dios, es una espiritualidad que exige profundización, etc.

Esto no es nuevo, ni siquiera es de San Ignacio. Hace unos años salió un estudio bastante grande, difícil de leer, acerca de cómo la humanidad diez siglos antes de Cristo, empezó un proceso de búsqueda, de cómo ayudar al mundo de liberarse del sufrimiento, de la guerra, de la violencia, de las injusticias, de todo lo que hace sufrir a la humanidad. Y esa fue la preocupación tanto de los sabios de las distintas culturas como de los hombres profundamente religiosos, de las religiones que nosotros conocemos. El estudio es sobre cuatro culturas de las cuales solamente una era europea, Grecia. Las demás eran: Israel, China, India. Culturas tan distintas y además en contacto de comercio, temporal. El estudio va siglo por siglo, como van avanzando y la gran preocupación de esos sabios era como ayudar a la humanidad a sufrir menos, a tener más justicia, a vivir con más paz, a eliminar la violencia y la guerra, sin todo lo que daña a la humanidad. Nosotros sabemos que la historia demuestra que la humanidad ha sufrido muchísimo y las guerras siempre han causado el sufrimiento. En las guerras no gana nadie, se pueden poner una medalla, pero no gana nadie, la guerra siempre deja situaciones peores que llevan generaciones sanar o re-humanizar, porque deja odios, heridas, situaciones casi imposibles de digerir.

Entonces empiezan este proceso con que nos puede ayudar. Dicen: a lo mejor los ritos y hay desarrollos de distintos rituales en distintas religiones y a los cien años se dan cuenta que los ritos no entran. Los ritos sirven para expresar ciertas cosas, o sea no son inútiles, tienen su función, ayudan a expresarse, pero no ayudan a eliminar la violencia y la injusticia. El mundo sigue siendo injusto, la gente sigue sufriendo, etc.

Entonces, avanzan un poco más, otro siglo y aparecen los sacrificios, tanto en Israel como en Grecia, China e India. Los sacrificios ayudan un poco, en vez de matar a mi vecino mato un cabrito y eso es un avance, pero sigo matando, mi violencia sigue todavía viva y hay sangre que corre, y no solamente eso, sino que esa violencia ahora se aplica a Dios, es Dios el que quiere sacrificios. La violencia no solamente se queda sino que se santifica lo cual es muy serio; ven entonces que el sacrificio no es la solución última.



Entonces llega el siglo V antes de Cristo y en China del V al III aparecen los grandes sabios: Confucio, Mencio, Lao Tse en China; Buda, el budismo nace entonces, aparecen los grandes místicos del budismo, del Upanishad; en Israel los grandes profetas del exilio, Jeremías, Isaías, Ezequiel; y en Grecia Sócrates, Platón, Pitágoras, estos grandes filósofos que están un paso adelante. Toda la humanidad en estas cuatro culturas, da un paso adelante y todos coinciden en que nada externo cambia a la humanidad, el camino del cambio es el camino interior.

Todos buscan una vuelta a lo interior, donde Dios habla al corazón de la humanidad. En China podemos encontrar el orden interior que ayuda al orden social, el Confucianismo con el camino interior, el Taoísmo (tao significa camino); en India: el Budismo es todo interior, es todo meditación, desapego, desprendimiento, libertad interior; los místicos del Upanishad están en la misma línea, aunque no entran en el budismo; los profetas de Israel del exilio hablan de una ley interna (ya no la externa), porque Dios hace una alianza con nosotros en nuestros corazones, cambia el corazón de piedra en corazón de carne, y es una ley en la que el espíritu va a proclamar a todos y esa proclamación interior vendrá en los Hechos de los Apóstoles desde la gracia. Hay un paso adelante y lo expresan en estos términos: “Nada externo salvará a la humanidad, si no es un camino interior”.

Ser religioso es ser compasivo, vivir con los demás en paz, con un corazón sensible desde Dios según las distintas tradiciones. Eso es un progreso de la humanidad que se pierde rápidamente, porque lo religioso y lo político se alían. Los religiosos creen que la alianza con la política los ayudara a estar mejor y lo estropean. Los políticos creen que la alianza con lo religioso les ayudará a tener más poder y se estropean y pierden los dos; pierden sus



horizontes porque están usándose mutuamente, se pierde esta libertad interior. Se estropea porque lo político y la religión se usan mutuamente.

Con Jesús y San Pablo vuelven al camino interior, a la conversión del corazón, a un corazón nuevo, compasivo; luego se pierde bastante y vuelve un poco con Mohamed, pero se pierde rápidamente (el libro termina allí porque el autor es especialista en Mohamed).

Yo creo que vuelve con San Ignacio, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, con los místicos españoles, daneses, suecos, alemanes. Este es el camino ignaciano en el que estamos nosotros: un camino que tiene como horizonte los problemas humanos más profundos. No nos creamos nuestros propios problemas, no tenemos problemas especiales, son los problemas de la humanidad los que nos importan; tienen muchas dimensiones y ustedes están respondiendo con distintas iniciativas, distintos movimientos, distintos grupos.

Aquí topamos con algo nuevo, muy profundo, el redescubrimiento del camino interior. Que es donde lo ignaciano se puede explayar. Lo ignaciano no se puede definir con cosas puramente externas y por eso San Ignacio respeta todos los ritos, pero no hace una espiritualidad ritual, respeta todos los sacrificios, porque ayudan, pero no funda su espiritualidad en una serie de sacrificios, sino que sigue el camino de San Pablo, el sacrificio verdadero es nuestra vida. San Pablo dice en la Carta a los Romanos: "Haced de vuestra vida un sacrificio vivo, continuo". "Toda vuestra vida", porque el sacrificio fundamentalmente es una respuesta al don de Dios. Como decía un teólogo filipino: la estructura del sacrificio es un intercambio de regalos y eso se ve en la eucaristía; Dios nos da todo y nosotros en la eucaristía ofrecemos pan y vino, para que Dios nos los devuelva transformados y nos lo vuelve a dar; en la misa nos devuelve a la misión. Es esta dinámica de intercambio de dones lo que hace al sacrificio cristiano mucho más espiritual que al sacrificio puramente físico de matar un animal o de ofrecer una cosa externa que no nos va a cambiar. Por eso la Carta a los Hebreos desarrolla todo el sacerdocio en la línea del sacrificio interior que Jesucristo realiza y en el cual participan todos los cristianos. Si recuerdan los que se acercan a mi edad, el Vaticano II reavivó esta memoria de que todos los cristianos participan del sacerdocio de Cristo porque es un sacrificio de auto don, es un don personal, es un intercambio con Dios que no se para, es una dinámica continua.

Recuerdo que en el Sínodo de Asia en el que estuve ayudando, allí el entonces cardenal Ratzinger (presente Papa) habló del porqué los obispos de Asia notaban la necesidad de cambiar ciertas estructuras, porque Asia es muy distinta y heredar todas estas estructuras europeas era un poco pesado. Cuando habló Ratzinger, dijo: "Oyendo a los Obispos de Asia, veo que está pasando lo que pasó con David a quien le quisieron poner la coraza de los grandes guerreros y era un chaval y no le venía bien; no podía ni caminar, nada de coraza, sacó su onda y fue hacia Goliat". Entonces Ratzinger dijo que la única estructura esencial en la Iglesia es la eucaristía, que es un don; es una Iglesia que recibe y que da, una Iglesia que es agradecida, esto se llama Eucaristía, incluso en griego moderno "gracia" es Eucharistos. Es una Iglesia que está siempre recibiendo y siempre dando, sirviendo como lo hacen ustedes, esta es la Iglesia. Ahí entra la espiritualidad ignaciana de una manera muy suave y va al corazón de donde estamos y donde la Iglesia está respondiendo a la llamada de Dios. El libro se llama "La

gran transformación”; es un título muy sugerente, porque es la transformación de la humanidad, es paso adelante en un momento histórico que marca la espiritualidad de muchas de estas religiones.

Yo he vivido en Asia 48 años y realmente son espiritualidades muy profundas porque están basadas en estas intuiciones básicas. Una búsqueda interna con una intensidad y una profundidad muy notables, de las cuales podemos aprender mucho. A mí ciertamente me ha impresionado y me ha marcado mi propio camino de búsqueda.

Por tanto una de las intuiciones clave, y en ello participa el cristianismo plenamente, es que no hay salvación que venga de afuera. La salvación viene de adentro cuando tomamos conciencia de que el espíritu de Dios está trabajando en todos, nos está moviendo, nos está guiando y este dejarse guiar por el espíritu es lo que San Ignacio quiere ayudarnos a hacer, y todos los Ejercicios Espirituales y el modo de oración Ignaciana es hacernos sensibles y capaces de dejarnos guiar donde vemos los signos del espíritu.

Un problema que tenemos con Dios es que él no da voces. Para oír su voz hay que hacerse muy sensible, un poco como la música clásica que no se oye bien en la calle, se oye mejor con cierta quietud y con el corazón abierto para dejarse guiar; entonces la música nos mueve. Es algo parecido, la espiritualidad es hacerse sensibles con el espíritu; para eso hay que apagar el televisor o el ordenador, salir de google y dejarse guiar por el espíritu y eso supone una sensibilidad, una agilidad para salir de uno mismo.

No conozco, y aquí me uno a Gutiérrez, ninguna espiritualidad unida a la vida laical como la espiritualidad ignaciana, porque lo que hace la espiritualidad ignaciana es hacerse sensible al espíritu para poder tomar decisiones importantes. La persona que ha entrado en la espiritualidad ignaciana no necesita correr al sacerdote como otra persona para que le diga lo que tiene que hacer, sabe descubrir los signos y donde el espíritu le dice que es lo que hay que hacer. Es un proceso interior que los sabios, como San Ignacio y otros místicos de otras tradiciones han descubierto y nos han dado.

Este camino se da en la historia y en medio de la realidad y no se lo puede encontrar si no tenemos los pies en el suelo, de entrada. Yo creo que hay algo en la espiritualidad ignaciana que corresponde a lo que los budistas dicen “enhance”, porque lo he oído muchas veces en todo Japón. A los japoneses no les gusta una espiritualidad demasiado perfeccionista o purista, en que la buena persona es como un ángel, y nosotros no somos ángeles, eso está claro; si no miren a ver si comen tres veces al día, los ángeles no comen tres veces al día. Entonces los budistas dicen que si una persona realmente quiere avanzar, camina con los pies en el barro, bien sucios, porque esa es la realidad y este mundo está lleno de barro, pero el corazón en el cielo. Yo creo que esto corresponde a lo que piensa San Ignacio. Es en la realidad donde encontramos los signos por dónde nos quiere llevar Dios, pero el corazón debe estar atento, libre, despegado de todo para poder escuchar y esta tensión es precisamente el drama de nuestra vida.

El drama de nuestra vida es que no podemos negar el barro. La tentación de todo joven que no ha madurado todavía es negar la sociedad, porque meterse en el barro no es

fácil. Eso es un idealismo que todos hemos tenido en nuestro tiempo, pero no es la visión madura. La visión madura es “este mundo está lleno de problemas, hay mucha gente que sufre, hay mucho barro, hay corrupción, hay todo eso pero aquí tenemos una misión” y para saber qué misión es esa tenemos que tener el corazón y los oídos bien abiertos para que Dios nos diga a donde vamos. Por eso estamos jesuitas y todos ustedes colaborando porque sabemos que es una misión universal, una misión difícil, una misión de discernimiento que requiere mucho afinamiento y que ninguno de nosotros solo lo puede hacer.

Estoy convencido que la misión en que estamos comprometidos los jesuitas es mucho más grande que lo que los jesuitas podemos. El día que no sea más grande que nosotros estamos perdidos, hemos perdido nuestro sentido de misión. ¿Por qué? Porque es la misión de Cristo, no la misión de los jesuitas y en la CG 34 del año 1995 se formuló expresamente con el subtítulo del documento más importante, que era precisamente “Siervos de la misión de Cristo”. La colaboración con los laicos no tiene como objetivo la misión de los jesuitas porque no tenemos misión nuestra. La colaboración de todos nosotros es a la misión de Cristo y es Cristo el que decide, es Cristo el que nos da las órdenes, y es el espíritu de Cristo el que nos guía y para ello colaboramos porque solo somos apóstoles.

La misión es mucho más grande de lo que puede un grupo y eso no tiene nada que ver con que los jesuitas son muchos o son pocos. Los jesuitas siempre seremos pocos y ahora somos menos, pero eso es bueno. Nos hace mucho más conscientes que es la misión de Cristo y son muchos más los que participan en la misión. Lo que definieron los jesuitas de Australia hace unos años, cuando celebraron los 150 años de provincia, fue precisamente en esos términos. Creo que es un slogan que sería muy bueno para todos nosotros en todas partes. Eran solo 160 jesuitas, ahora deben ser 140 o 150, esto fue hace 6 o 7 años y también los jesuitas se mueren, poco a poco pero se mueren y el slogan era “una misión para 2000 personas” porque 2000 era el número de colaboradores con quienes trabajaban los jesuitas en los colegios, en el Apostolado de la Oración, CVX y tantos otros.

Por lo tanto, es una misión de Cristo que nosotros colaboramos y en la cual somos 2000, 3000, 5000 los que sea, el número de los jesuitas es secundario, puede ayudar y para eso estamos, para colaborar, para caminar juntos, para acompañar, pero no es nuestra misión, esa es una intuición importante que en los últimos años hemos redescubierto. Cuando éramos muchos nos creíamos que el colegio lo llevábamos nosotros y resulta que no, que había muchos profesores, administradores, bienhechores que hacían posible que el colegio fuera adelante. Pero nunca los poníamos en nuestras historias; en la historia se pone el nombre de los jesuitas, lo cual es una lástima porque en la historia hay muchos otros nombres que han hecho tanto a más que nosotros.

Incluso cuando los jesuitas eran genios, por ejemplo este año en Italia



están celebrando muchísimo a un jesuita italiano, Mateo Ricci, un gran misionero en China. Pero Mateo Ricci heredó la misión de otro jesuita Valigniano, también italiano. Mateo Ricci pudo influir y pudo entrar en contacto con los estudiosos Chinos, los grandes matemáticos, porque tenía un gran amigo laico Xu Guanqi, que tenía estos contactos y le fue presentando a todos. Xu Guanqi es tan importante o más que Ricci para lo que Ricci pudo hacer en China, pero como nosotros somos europeos ponemos el nombre del europeo, probablemente Xu Guanqi en China es más fácil.

La colaboración con los laicos por lo tanto es una colaboración muy amplia. Hay que respetar y dar importancia a esta amplitud porque esto nos lleva a Cristo. No es una colaboración nueva, la CG 34 y la última lo dan por supuesto. Ahora lo estamos aceptando mucho más, con mucha más alegría y mucha más positividad como parte integrante de nuestra misión a la misión de Cristo. Pero es algo que ha estado con nosotros 470 años desde

la fundación de la Compañía.



San Ignacio es el primer promotor de la colaboración y un gran promotor. Parte de mi trabajo es mantenerme en contacto con las fuentes de nuestro espíritu y nuestro fundador, y releendo sus cartas es impresionante porque un buen número están escritas a los colaboradores de la Compañía y con mucho cariño, muy positivamente, con

gran agradecimiento porque sabía que eso hacía posible que nosotros podamos servir. Termina muchas cartas, y es emocionante, diciendo “esta mínima, pequeña Compañía de Jesús que es tan vuestra como mía” eso me gusta repetirlo porque es verdad, tan vuestra como mía.

Porque es vuestra, porque todos estamos trabajando por lo mismo, porque todos tenemos el mismo corazón, porque todos queremos contribuir a la misión de Cristo.

Por lo tanto es con ese espíritu de sencillez, de cercanía y de apertura con que nosotros podemos ser uno. La misión de Cristo transforma al misionero, no es una misión para los de fuera, es una. Transforma al misionero y eso transforma al laico, haciendo posible la colaboración y la participación en la misión.

A veces los jesuitas en situaciones muy laicas han sido ayudados y yo creo que nos ha salvado la vida que los laicos nos ayuden. Un ejemplo: en Madrid cuando en el año 1933 nos expulsaron de España, los estudiantes fueron al norte de Europa a seguir estudiando, pero muchos sacerdotes se quedaron en Madrid de paisanos. Después se pusieron corbata y el colegio donde yo estude en Madrid, el colegio de areneros, lo cerraron, quisieron quemarlo porque un hermano vestido de “mono” dijo “no queméis esto que es para nuestros hijos”, entonces no lo quemaron y abrieron otro colegio que le llamaron Didascalium y a donde iban los jesuitas de paisanos como en México y como en muchos otros sitios donde hemos tenido dificultades, persecución, etc. El Padre Daniel Gil que era superior de la comunidad era un poco distraído y un día después de comer salió para el colegio con corbata, gabardina pero con

el bonete puesto y enseguida en la calle se le acercó un laico de buena voluntad y le dijo “Padre quítese el bonete porque lo van a descubrir”.

El problema es que quizás no hemos reconocido esto. Hubo una época, estando yo en Japón, después del Concilio Vaticano II en que se habló tanto del apostolado de los laicos y vino a la comunidad un obispo anglicano y nos contó una historia. Dio una conferencia sobre el apostolado de los laicos. Yo asistí y empezó la conferencia con una pequeña historia: era un avión trimotor; arranca el avión y cuando ya están arriba un motor trasero explota. Todo el mundo nota que el avión se sacude, el piloto dice “acabamos de tener una accidente pero no se preocupen, nos quedan dos motores y con eso podemos llegar a destino, no hay problema”. Al rato uno de los motores laterales se prende fuego, la gente lo ve porque están abiertas las ventanillas y empiezan a preocuparse; el piloto otra vez dice “acabamos de tener fuego en el motor de la derecha, no se preocupen, con el motor que nos queda, podemos hacer un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto más cercano”. A los pocos minutos el piloto dice “siento comunicarles pero el motor que nos quedaba se ha prendido fuego, de manera que átense el cinturón de seguridad y estén dispuestos a todo, que no sabemos lo que va a pasar”. Estaba todo el mundo muy nervioso, se levanta un señor y dice “por favor alguien que haga algo religioso”. Entonces se levantó un laico e hizo una colecta. Eso era lo que hacían los laicos antes hasta el Vaticano II: los laicos hacían la colecta. Se decía de los laicos que la función era ‘pray, pay and obey “reza, paga y obedece”; en inglés rima.

Esto ha cambiado. Del laico ser alguien que está pasivo en la Iglesia, ahora vemos que el laico participa plenamente en la misión de Cristo, en la espiritualidad de la Iglesia, en el sacerdocio de Cristo que es este intercambio de servicio, de donación, etc. El laico pasa de ser un mal inevitable a ser gente, el centro.

Otro aplica a un teólogo. ¿Cómo definimos al laico en la Iglesia, en el derecho canónico antiguo? El laico se definía como “No clérigo”. Eso no dice nada del laico. Es difícil definirlo así porque el laico es el centro de la Iglesia. Lo que hay que definir es el clérigo, no el laico. Hay que buscar una definición y propuso “el laico es aquella parte de la Iglesia sin la cual el clérigo se encontraría sin casa”.

En la Iglesia el clérigo está para servir, para ayudar, para recordar lo que es el evangelio, para ayudar a llevar a Cristo, todo lo que el santo Padre está diciendo ahora del sacerdocio y recientemente ha vuelto a hablar sobre ello. O sea, que el laico pasa de ser una persona pasiva, escondida, a ser centro del apostolado, a ser parte de la misión de la Iglesia porque son llamados por Dios y enriquecidos, y esto es muy importante, muy importante también para repensar y yo espero que con el tiempo se haga mucho más profundamente el papel de la mujer. Porque el laico recibe los dones del espíritu y esos dones del espíritu nos dicen cuál es la función del laico, hombre o mujer; no depende de lo que piense el clérigo, sino depende del espíritu. Si el espíritu da dones de entendimiento, de justicia, de dirección, de distintos carismas, de distintos dones eso nos dice donde quiere Dios que esté el hombre, que esté la mujer, que estén los niños, que estén los ancianos.

Eso en san Ignacio es fuerte, porque siempre es buscar signos. Nunca nos hablará Dios a gritos, nunca nos dirá claramente, “mira esto es lo que yo quiero”: hay que descubrirlo



mediante un discernimiento profundo, descubriendo signos, y estos signos son los que a lo mejor nos encontramos en la sociedad, en la historia, pero son signos que nos hablan al corazón y en el corazón sentimos que este es un signo que me da alegría, que me da paz, que va a ayudar a la Iglesia y eso es lo que nos va guiando.

Yo creo que estamos en un momento en que hay un cambio del laicado y en nuestras obras jesuíticas, después de empezar de una manera pasiva (ahora que hay menos jesuitas necesitamos comprometer más laicos), no se trata de eso, sino se trata de decir si estamos en un colegio o si estamos en un centro de lo que sea, quien es la persona que puede ayudar mejor a la comunidad, para seguir adelante en la visión y en la misión que tenemos. Cuál es la persona más cualificada, cuál es la persona que va a ayudar más, cuál es la persona que tiene más espíritu.

En principio los jesuitas creemos que tenemos una tradición, una filosofía de la educación, del servicio, una manera espiritual de vivir, por lo tanto todo laico que comparte esa visión, puede ser nuestro colaborador. Pero hay un paso siguiente, cuando el laico tiene más espíritu que nosotros, nosotros somos los colaboradores, es mutuo, es un intercambio donde el espíritu nos dice donde está la dirección.

Para ello los jesuitas hemos tenido que hacer ajustes internos, porque antes éramos los dueños y nos hemos dado cuenta que no hay dueños en la misión de Cristo. En la institución si, y por ello hay una corporación o una asociación o una fundación u otras, pero en el trabajo y en el servicio no. Entonces los jesuitas hemos tenido que hacer ajustes internos. Si el laico hace lo mismo que yo, quién soy yo. Esto es muy bueno para profundizar en nuestra vocación, porque he dejado todo por seguir a Cristo, es una oportunidad muy buena porque nuestra definición no es el trabajo, nuestra definición es el espíritu donde nos llama Dios.

Por tanto, esto es una gran ayuda, para que los religiosos entren y ahonden en su vocación. Si el laico es el director del colegio, por ejemplo, dónde queda mi obediencia. Tengo que obedecerlo como obedecía a mis superiores. Entonces, tenemos aquí una cuestión de obediencia por un lado y de sentido común por otro. Si estás en un colegio, todos los que trabajan en el colegio, viven y trabajan en armonía bajo la dirección del director, eso es sentido común, no es problema de obediencia, no es problema de que ahora entra en crisis mi voto de obediencia, sino que yo colaboro con otros, porque esa es la mejor manera de hacer el servicio.

Los superiores tuvieron que hacer ajustes internos: ¿Puede la obra mantener su espíritu ignaciano si no hay jesuitas? Esa es otra pregunta que surge de nuestras reflexiones, ¿es posible que el laico sepa más que yo de espíritu ignaciano?, claro que sí. Porque es un conocimiento interno, no es un conocimiento superficial, yo puedo ser un experto y no tener ni idea, pero me todas las respuestas esta experiencia interior de abrirse al espíritu. Y eso

supone primero que nosotros tenemos que hacer un ajuste de aceptación, también de admiración de ver como el espíritu de Dios trabaja y por otro tenemos que fomentarlo. Ya en muchos países hay programas que están muy bien hechos y muy bien llevados para la formación también de nuestros colaboradores.

A pesar de la formación de los jesuitas, a veces tenemos problemas. A veces aparece un jesuita raro, muy difícil para trabajar, a pesar de la formación. Luego queremos que los laicos sin tener una formación equivalente respondan de la mejor manera posible. Eso es totalmente injusto e injustificado. Si queremos mantener la identidad en una obra de educación, tenemos que todos educarnos para trabajar juntos y profundizar el espíritu de esa obra. Esas son cosas que se están elaborando en el sentido de la Compañía. Tenemos que educarnos juntos para trabajar juntos y nosotros jesuitas necesitamos reeducación en la colaboración. Como saben ustedes, hay muchos jesuitas que trabajan estupendamente solos, eso se les respeta, pero ahora debemos aprender a trabajar con otros.

Los principales desafíos. Nosotros hablamos de fronteras y estamos tratando de hacer en Roma un mapa de las fronteras más importantes que tiene la Compañía de Jesús ahora en el mundo. Norteamérica, América Latina, Europa, Asia del Sur, Asia Oriental, África, etc. Están llegando de las distintas Conferencias de Provinciales cuales son las fronteras, por ejemplo:

- Una frontera que nos ha acompañado desde la fundación es la evangelización. Pero según los continentes cambia de color. En Europa es una evangelización en un mundo muy secularizado y con una secularización muy irritante, violenta, un poco agresiva. En EEUU nos hablan de un mundo en el que hay miles y miles de católicos que se están separando de la Iglesia, allí la evangelización tiene un color peculiar. En Latinoamérica es una evangelización en medio de una frontera donde ha habido grandes injusticias, gran pobreza, marginación, una migración interna enorme, de miles y miles y millones. En África el contacto con religiones tradicionales, culturas muy distintas. En Asia una religión en sintonía con el budismo, sintoísmo, etc. En definitiva, son fronteras específicas y visibles.
- En muchos sitios la juventud es una frontera. Es un trabajo al que hay que dedicar investigación, mucho corazón, mucho tacto, porque la juventud está cambiando en todo el mundo. Está cambiando no espontáneamente. La juventud ha sido siempre rebelde, no tenemos que asustarnos, nosotros éramos rebeldes de jóvenes. Hoy los jóvenes son rebeldes porque no quieren que les digan lo que deben hacer. Quieren descubrir el mundo como lo descubrimos nosotros, y que no les digan “vuestro futuro está determinado, ya lo vamos a determinar nosotros”. Hay que dejarles que descubran, que cometan sus errores, que aprendan y que maduren. Ahí es donde les podemos acompañar; es una frontera ciertamente.
- La ciencia, como dice el Papa, el secularismo, la biología, la emigración son fronteras que están apareciendo como nuevos retos, como nuevos campos.
- También hay fronteras dentro de lo que hemos hecho siempre. Por ejemplo: en la educación hay mucha investigación sobre cómo se desarrolla un niño, cómo se desarrolla el

celebro. Y por lo tanto tenemos que ir cambiando nuestra manera de educar para tenerla más al día y responder mejor a las necesidades de nuestros alumnos, porque los alumnos van cambiando. No decir “desde el tiempo de Cicerón se educaba así, esto es lo mejor”; esto no sirve. Se educaban muy bien, pero eran griegos y en el siglo primero antes de Cristo, pero hoy estamos en el siglo XXI y estamos en la Argentina. Hay unas diferencias muy notables y hay que seguir siempre caminando adelante. Allí es donde nuestra colaboración puede ser mucho más eficaz, porque hay educadores, hay investigadores, y todo no lo podemos hacer un pequeño grupo.

Junto con las fronteras hay lo que yo llamaría “horizontes”. El horizonte no nos lo da la frontera, la frontera nos dice donde está el problema. El horizonte es el evangelio que nos dice donde hay que mirar y donde hay que ver. Luego tenemos el método ignaciano que nos dice cómo hay que caminar, cómo crecer, cómo sensibilizarse, cómo abrirse. Es en la unión de estas tres realidades, la frontera, el horizonte (que es siempre el evangelio, la Iglesia) y el camino ignaciano (método ignaciano de discernimiento, de estudio, etc.).

Para ello necesitamos profundizar en nuestro estudio para que nuestro servicio sea mejor. Tener una creatividad nueva porque el mundo sigue cambiando y no hay respuestas, porque no sabemos cuáles son las preguntas y el año que viene las preguntas serán distintas y al siguiente serán distintas. Por lo tanto necesitamos una flexibilidad mental, una apertura de corazón y un dejarse guiar por el espíritu que da creatividad, que da posibilidad de responder de distintas maneras a las distintas realidades. Luego llenar todo con la vida del espíritu, porque sin el espíritu terminamos siendo tambores lejanos.

Esto es lo que yo quería compartir, me hubiera gustado tener más tiempo para un diálogo con ustedes, pero me perdonan por haber hablado demasiado.

P. Alfonso:

Gracias por alentarnos a recibir cada vez mejor a los retos del espíritu, gracias por su testimonio y gracias por sus palabras de aliento.



